

Simone de Beauvoir:

el arte de vivir y pensar filosóficamente fuera de la disciplina

Olga Grau Duhart

Como citar: DUHART, Olga Grau. Simone de Beauvoir: el arte de vivir y pensar filosóficamente fuera de la disciplina. *In:* PAGNI, Pedro Angelo; BUENO, Sinésio Ferraz; GELAMO, Rodrigo Pelloso (org.). **Biopolítica, arte de viver e educação**. Marília: Oficina Universitária; São Paulo: Cultura Acadêmica, 2012. p. 215-227. DOI: <https://doi.org/10.36311/2012.978-85-7983-274-1.p215-227>



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição-NãoComercial-SemDerivações 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin derivados 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0).



UNIVERSIDADE ESTADUAL PAULISTA
"JÚLIO DE MESQUITA FILHO"
Campus de Marília



**CULTURA
ACADÊMICA**
Editora



All the contents of this work, except where otherwise noted, is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0).

Todo o conteúdo deste trabalho, exceto quando houver ressalva, é publicado sob a licença Creative Commons Atribuição-NãoComercial-SemDerivações 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0).

Todo el contenido de esta obra, excepto donde se indique lo contrario, está bajo licencia de la licencia Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Sin derivados 4.0 (CC BY-NC-ND 4.0).

CAPÍTULO 11

SIMONE DE BEAUVOIR: EL ARTE DE VIVIR Y PENSAR FILOSÓFICAMENTE FUERA DE LA DISCIPLINA¹

Olga Grau Duhart

ENSEÑAR LA FILOSOFÍA

Se nos convoca a pensar en esta mesa ‘lo que se enseña cuando se enseña filosofía’, expresión que me recuerda un poema del recientemente fallecido poeta chileno Gonzalo Rojas, *¿Qué se ama cuando se ama?*². Podríamos recorrer esta asociación, que se me vino a la mente al conocer el título de la mesa, en el sentido de que las expresiones aludidas ponen en acto una acción reflexiva que se pregunta por sí misma en el momento

¹ El texto se inscribe en el marco del Proyecto de investigación FONDECYT 110237, “Filosofía, literatura y género: la escritura de Simone de Beauvoir”, del cual la autora es investigadora responsable. El texto fue preparado para presentarlo en el IV Simposio Internacional en Educación y Filosofía-Biopolítica, arte de vivir y educación” (7-9 de junio 2011), que tuvo lugar en la Universidad Estadual Paulista, Facultad de Filosofía y Ciencias, Campus de Marília.

² ROJAS, Gonzalo. *¿Qué se ama cuando se ama?* Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos (DIBAM), 2000. Disponible en: <www.archivochile.cl/Cultura_Arte_Educacion/gr/d/grde0019.pdf>. Acceso en: mayo 2012.

mismo que se realiza: lo que se enseña cuando se enseña (filosofía en nuestro caso), lo que se ama cuando se ama. Y podríamos decir que hay algo que no se sabe en aquello que llamamos experiencia de enseñar o experiencia de amar, en tanto enseñar o amar se realizan siempre en una relación con un otro u otra que preservarán una suerte de retraimiento, en cuanto escapa a nuestra capacidad de conocerle. Asimismo, gozarán de una dimensión de inaprehensibilidad con relación a nuestra tendencia consciente o inconsciente de instalar una soberanía del saber o del querer sobre ese otro u otra. Luce Irigaray, inspirada en Levinas, nos hace saber en su libro *Ser dos*, que siempre se mantiene una distancia entre dos sujetos que se aman, lo que hace saber de la dimensión inadministrable e inaprehensible que es el otro que se resiste a la pretensión de comprensión total por parte del amante.

Enseñar o amar constituyen, como podemos apreciarlo cotidianamente, un tipo de relación de cercanía que implica un campo moral, el que conlleva, por ende, un desafío ético permanente: estamos enfrentados a situaciones en que nuestros comportamientos se realizan frente a una alteridad que nos pone también frente a nosotros mismos, que nos interpela, que nos exige, que nos demanda, que nos dona. Tenemos que resolver día a día situaciones en que la presencia del otro u otra se nos impone, presencia que sólo podemos evitar en la renuncia al contacto, que se da en la misantropía como gesto radical, o en la impermeabilidad y cierre a los demás, en una suerte de autarquía narcisista o de ilusión de plenitud personal o también en ciertos grados de devastación personal en que podamos encontrarnos.

Los estilos y formas de enseñar y amar son muy variados, en tanto se pone en juego la singularidad de quien enseña o ama frente a un otro o a una otra también singulares que escapan a nuestros deseos y expectativas, a nuestro dominio, a nuestras potencias administradoras. Se escucha decir con desencanto que a los adolescentes no les interesa la filosofía, que no les interesa que les enseñemos tal o cual filósofo, pero esa reserva, resistencia o indocilidad a lo que queremos de ellos o a lo que queremos ‘entregarles’, podríamos considerarlas como afirmación de una vida que en el hacerse a sí misma encuentra sus propios sentidos y ejecuta sus propias búsquedas. Nos asomamos siempre, sorprendiéndonos, a la inmensa diversidad y

multiplicidad de las formas en que puede vivirse la vida humana, pero lo olvidamos con frecuencia restringidos en nuestros espacios de familiaridad de sentidos, los que constituimos ya sea como individuos o con grupos de cercanía. En ese olvido, efectuamos nuestros ejercicios cotidianos de disciplinar a tales jóvenes introduciéndolos en la disciplina de la filosofía.

Recuerdo una anécdota, lejana en el tiempo, que contaba un abuelo que tuvo ocasión, como alumno de la educación secundaria, de tener como profesor a un notable pintor de mi país, Juan Francisco González, quien los llevó en una oportunidad a visitar las exposiciones que se realizaban en el Museo de Bellas Artes. Salió del colegio con todo el curso y al Museo llegó sólo con algunos. Nunca miró hacia atrás, nunca les reprochó, nunca los expuso al juicio institucional. Seguramente, en la memoria de esos estudiantes, como en este abuelo, se constituyó ese pintor en una figura entrañable. Quien enseña puede hacerse entrañable por enseñar a unos la propia pasión y entusiasmo por aquello que se enseña, comunicándolo de tal modo que puede convertirse también objeto de deseo de otros y otras ; o hacerse entrañable por enseñar la libertad en que quedan si aquello que es pasión en uno mismo no les toca o anima. Quienes enseñan filosofía pueden haber suscitado en otros y otras el entusiasmo por pensar algunas preguntas, algunos problemas, y para ello se han tomado también sus propias libertades como la de burlar el programa, dándose licencia no enseñando lo que se espera que se enseñe, o inventando propias maneras de relacionarse con la filosofía, trasgrediendo de alguna manera las usanzas académicas.

Simone de Beauvoir, quien dejara tempranamente la enseñanza de la filosofía dedicándose por completo a la escritura como ‘arte de vivir’, se pregunta en su libro *Final de cuentas*, con relación a los adolescentes que rechazan ciertos aspectos que se les transmite de la cultura occidental, si acaso « ¿habrá modo de comunicarles lo que sigue siendo válido y podría ayudarlos a vivir ? » (BEAUVOIR, 1972, p. 245). Por la experiencia de sus amigas y amigos que enseñaban y, pese a que disponían de mayor libertad que en su tiempo para tratar los temas que les interesaban, se podía apreciar que las ventajas eran pocas según ellos contaban, « dada la resistencia que ponen los liceales a la transmisión del saber, particularmente en lo relativo a la filosofía ». Para Beauvoir existiría una « radical inadecuación entre

las necesidades de los jóvenes y el alimento que se les ofrece », siendo el liceo un « lugar de sujeción, tanto para los que están obligados a tragar esa papilla como para los que deben administrársela » (1972, p. 246). Propone una necesaria y « verdadera revolución » que les de a los jóvenes « el deseo y los medios de insertarse en la sociedad: sería necesario que hubiera una sociedad diferente en la cual la formación de generaciones nuevas por las antiguas fuese concebida de otro modo » (BEAUVOIR, 1972, p. 247).

Hace referencia a que es la actitud del auditorio la que ha cambiado radicalmente, obstaculizándose el diálogo: creen saberlo todo o que no hay que saber nada; desconfían de los adultos; están inmersos en la sociedad tecnocrática; faltos de curiosidad. Cito textualmente un texto que escrito en la década de los 70' hace sentido en nuestra actualidad:

Los que enseñan en sexto o en quinto tienen mejor contacto con sus alumnos : logran captar su atención y suscitar sus reacciones, *pero a condición de no encerrarse en programas que no les convienen, e inventar relaciones nuevas que no tengan en cuenta ni la disciplina ni el reglamento* (BEAUVOIR, 1972, p. 247, destacado es mío).

Beauvoir está completamente consciente de que ello deriva necesariamente en conflicto con la administración y con los padres de los estudiantes.

En las escuelas, sabemos, se dejan ver diversas relaciones de poder que cruzan disciplinas, disciplinamientos e indisciplinas de maestros, estudiantes, supervisores, directores, repitiéndose en el interior de la escuela lo que sucede en el espacio del afuera de ella; lo que enseña la escuela es que unos y otros que la conforman, constituyen una red en que las posiciones propias se movilizan constantemente ganándose o perdiéndose poder. El maestro im-potente se frustra ante la incapacidad de no poder introducir su propio conocimiento en aquél que se le resiste, interrogándose por sus posibilidades de éxito en ejercer su dominio sobre otro o por su real capacidad de influencia. La salida de la frustración es tal vez seguir afirmando el propio deseo por la filosofía, ser para el otro una pasión que hace sentido para el que la vive y que quiere enseñarla, en el sentido de dar señas de ella, dando muestras de su valor para la comprensión de la vida.

Desde hace un tiempo atrás, y en mis propias búsquedas y gesto de interrogar la disciplina de la filosofía, me he comprometido con introducir en su enseñanza la perspectiva del análisis crítico de género que produce un distanciamiento respecto de un pensar universal abstracto de la realidad humana. Dicha perspectiva trae necesariamente a presencia el cuerpo, en tanto siempre se piensa con un cuerpo en su sexuación particular que implica procesos de simbolización y significación de éste, en la diversidad y multiplicidad de los sujetos que habitan en una determinada cultura. Parafraseando a Helen Cixous, quien afirmaba que “no escribimos sin cuerpo”, podríamos decir que no pensamos sin cuerpo. Dice Cixous que:

Quando creemos escribir sin cuerpo, es que dejamos de lado el cuerpo que, de todas formas, produce *efectos de cuerpo*. No hay cuerpo universal, hay cuerpos singulares, individuales con funcionamientos singulares, al igual que una escritura es singular. (2010, p. 45, destacado es mío).

Podríamos sustituir en el texto de Cixous la palabra “escribir” por la de “pensar”, y recalcar su idea de que el cuerpo, aunque lo dejemos de lado, “produce *efectos de cuerpo*”.

Gabriela Mistral en un texto que tiene por título “Cómo escribo”, nos hace saber de la materialidad y corporalidad de su escritura:

Yo escribo sobre mis rodillas y la mesa de escritorio nunca me sirvió de nada, ni en Chile, ni en París, ni en Lisboa. [...] Creo no haber hecho jamás un verso en cuarto cerrado ni en cuarto cuya ventana diese a un horrible muro de casa; siempre me afirmo en un pedazo de cielo, que Chile me dio azul y Europa me da borroneado. Mejor se ponen mis humores si afirmo mis ojos viejos en una masa de árboles. (MISTRAL, 1992, p. 533-534).

Podemos sentir el cuerpo mistraliano en su relación con los otros cuerpos en el cuerpo de su escritura; cuerpo de Mistral que, aunque cuerpo sexuado, no da indicios en ese texto de su sexo femenino. No hay adjetivación ni nombre propio que la coloque en ese lugar y si lo leyéramos sin saber de su autoría, ésta podría ser la de un hombre o la de una mujer. Esta consideración la podríamos hacer de manera plena a menos que no nos haya llamado la atención la primera frase del texto: “Yo escribo sobre

mis rodillas”. Me pregunto, ¿escribe un hombre sobre sus rodillas, con las piernas juntas procurándose una mesa de trabajo, como cuando se desgranar los porotos o las habas? Tal vez sí, pero no con mucha frecuencia.

Podríamos decir que en el texto de Mistral se manifiestan los *efectos del cuerpo* que escribe, invitándonos a descubrir o ficcionar las marcas de su sexuación.

LA CARNE Y EL HUESO

En muchísimos de sus escritos, ya sean teóricos o autobiográficos, Simone de Beauvoir utiliza la expresión “carne y hueso”, demarcando la necesidad de tener en cuenta la implicación del cuerpo para pensar la experiencia existencial. En ese recurso semántico persistente se juega una suerte de materialismo en la concepción de la vida donde la materia del cuerpo constituye una dimensión fundamental a tenerse en cuenta para el análisis de las condiciones empíricas, y también ontológicas, de la existencia. Este análisis Beauvoir lo hace desde una filosofía que no pone en el olvido al cuerpo connotándolo sexualmente, lo que constituye uno de los aspectos más decisivos y originales de su pensamiento. Su interés no es sólo producir un conjunto de conceptos que le permitan hacer una teoría de política sexual, sino también ofrecerlos a las mujeres para que, analizando críticamente la “condición femenina” construida como artificio a través de la historia, puedan sobrepasar las determinaciones de la situación de exclusión y subordinación en que se encuentran y hallar en esa misma situación, en resistencia y lucha contra ella, los elementos para su liberación emancipatoria. Ha dicho Beauvoir: “También me preocupa cómo una mujer se las arregla en su condición de tal” (1972, p. 173), y se ocupará en ofrecernos, a través de sus escritos multiformes, relatos y ejemplos de un sinnúmero de mujeres. Algunas le permiten dar cuenta de la potencia transformatoria de la vida que reclama el deseo de libertad y la asunción de sí mismas; otras, le harán saber de la mala fe, en cuanto que conscientes de su subordinación la escamotearán; las habrá también rebeldes que tendrán un fin trágico al quedar finalmente doblegadas por su medio; y la mayoría, pasivas y entregadas a la suerte que su medio les impone. En Beauvoir, es en la afirmación consciente de los propios

finos que conducen a la realización de un proyecto de vida liberada de las determinaciones obstaculizadoras de la autonomía e independencia, lo que puede permitir *hacerse y hacer ser* a las mujeres, ser que no se reduce en absoluto a su anclaje en la maternidad, constituyéndose de ese modo en iguales a los hombres.

Simone de Beauvoir (1965), cuando considera el psicoanálisis en su obra *El segundo sexo*, afirma que éste realizó un progreso enorme respecto de la psicofisiología al considerar el cuerpo. Afirma que “[...] en la vida psíquica no interviene ningún factor que no revista un sentido humano; lo que existe concretamente no es el cuerpo, objeto descrito por los sabios, sino el cuerpo vivido por el sujeto.” (BEAUVOIR, 1965, p. 62). Remarco: no habría cuerpo, sino *cuerpo vivido por un sujeto*, y respecto del cual el psiquismo se hace sus representaciones y valoraciones. El hecho de que somos el cuerpo que vivimos (sentimos, imaginamos, representamos, experimentamos), podría tener el efecto de que si una mujer se siente hembra lo será. Dice Beauvoir: “La mujer es una hembra en la medida que se experimenta como tal.” (1965, p. 62) Ello podría derivar, de acuerdo a las singulares maneras de experimentar el cuerpo, de que en que un cuerpo de genitalidad macho podría instalarse una subjetividad o construcción femenina o al revés, una mujer con genitalidad hembra puede sentirse hombre y quiere serlo de tal manera que desea modificar su sexo biológico. Foucault afirma que no hay sexo verdadero, de modo tal que las experiencias del cuerpo sexuado pueden ser múltiples.

Con la afirmación de Beauvoir, anteriormente citada, se abre un campo interesante para pensar la relación cuerpo-representación, campo en el que han indagado insistentemente las feministas y otros estudiosos como Thomas Laqueur (*La construcción del cuerpo*)³. En el pensamiento de De Beauvoir el cuerpo está presente de una manera sustantiva y lo hace desde un particular contraste respecto de filósofos como Sartre y Merleau Ponty, en la medida que en su filosofía está pensado el cuerpo en su diferencia sexual. Simone de Beauvoir dirá que “todo ser humano

³ Kate Millet, entre las feministas, hace una referencia en su libro *Política sexual* que siempre me ha parecido extraordinariamente sugestiva, en tanto ha considerado al coito, acto genital, como un “microcosmos”: “El coito no se lleva a cabo en el vacío; aunque, en sí, parece constituir una actividad biológica y física, se halla tan firmemente arraigado en la amplia esfera de las relaciones humanas que se convierte en un microcosmos representativo de las actitudes y valores aprobados por la cultura. Cabe, por ejemplo, tomarlo como modelo de la política sexual que se ejerce a nivel individual y personal.” (MILLET, 1975, p. 178).

concreto se encuentra siempre singularmente situado” (1965, p. 10) y, podríamos decir, que la primera ‘situación’ del ser humano es su sexo, su cuerpo sexuado. Se nace situado, situado en la diferencia sexual, diferencia que recoge y sintetiza de inmediato las determinaciones que impone a esa diferencia la cultura en que habitamos y en la que ella emerge, y respecto de la cual cada quien hace lo propio adaptándose o resistiendo a sus designios. Una cuestión que inquieta a Beauvoir es la manera en que se llega a ser mujer, y su obra *El segundo sexo* es la respuesta a esa pregunta. Respecto de sí misma y de la vía que explora para su llegar a ser mujer, es la escritura la que constituirá su proceso de comprender y expresarse en su modo singular de devenir; su escritura será permanentemente el inventario de cómo se ha ido haciendo y de cómo se va haciendo ella misma como mujer. Sus textos son su arte de vivir, como cuidado y conciencia de sí.

Simone de Beauvoir no sólo pensaba el cuerpo, sino que éste se le hacía presente como cuerpo propio en movimiento en las largas caminatas, en el ascenso de lomas y cerros, atravesando campiñas, recorriendo calles y ciudades. La evidencia de su cuerpo ha quedado señalada en sus memorias y textos autobiográficos, lo que podemos leer como prueba de fortaleza corporal, de desafíos cumplidos, que marcan con una concreción particular a su filosofía. Piensa el cuerpo y piensa con el cuerpo con sus cinco sentidos.

Simone de Beauvoir, atenta al devenir, ha pensado también los deterioros del cuerpo y lo hace con una mirada cruda en *Una muerte muy dulce* (donde relata los estragos del cáncer en su madre y el desenlace de su muerte) y en la *Ceremonia del adiós* (donde da cuenta de la ruina y muerte de Sartre). Junto a su reflexión de la diferencia de los cuerpos sexuados y sus implicancias a nivel de las significancias que éstos ejecutan -hablados, leídos y constituidos por la cultura- la vejez ocupa también en su obra un lugar central. Y si en *El segundo sexo* su análisis filosófico político conduce a la develación de los mecanismos presentes en las relaciones de poder entre los sexos y la responsabilidad que en ello le cabe a la formación dada por la familia, la educación, la cultura, la conformación económica y política de la sociedad, en la vejez señalará la desidia de los poderes públicos y la insensibilidad social e individual para considerar la vida de los ancianos,

olvidados o maltratados en su otredad, en la “pequeña vida” que sostienen⁴, en la que adelgaza el apetito y los deseos.

Simone de Beauvoir (1970) se propone “quebrar la conspiración del silencio” (p. 8), “secreto vergonzoso” (p. 7) que existe en torno a la vejez, su condición tabuizada, un no quererla ver, casi de manera generalizada, en su carácter de “cambio irreversible y desfavorable”, como “declinación” (p. 17) en su cercanía con la muerte. En *El segundo sexo* ha quebrado también otro silencio: aquél que elude nombrar la “condición femenina” en su situación de subordinación, opresión, indignidad. El carácter radical de la propuesta de Beauvoir en uno y en otro caso de exclusión, sexo femenino y sujetos envejecidos, pasa por dar lenguaje a una y otra condición, desde un deseo político que implica “cambiar la vida”. La reivindicación de las mujeres y de las personas ancianas tiene ese sentido político y cultural de generar las condiciones para una mejor vida. Respecto de quienes han envejecido, la responsabilidad social debe hacer lo suyo junto a un esmero de los individuos viejos de preservar en la vejez pasiones “lo bastante fuertes como para que nos eviten volvernos sobre nosotros mismos” y que nos permita “perseguir fines que den sentido a nuestras vidas” (BEAUVOIR, 1970, p. 646). Amor, amistad, indignación, compasión permiten, a juicio de de Beauvoir, que la vida siga conservando valor “mientras se acuerda valor a la vida de los otros a través de esos sentimientos” (1970, p. 646).

EL ARTE DE VIVIR

En Beauvoir la reflexión que realiza sobre su vida en las memorias y los textos autobiográficos, no es sino afirmación de la propia vida, es parte de ella misma, es una afirmación desde dentro de ella, reflexión que hace posible un afuera: la escritura. Volverse fuera, en una suerte de desdoblamiento, hacen de la escritura un doble de sí en el cuidado de sí. Podríamos considerar que la hipertrofia de su escritura es un salvataje del tiempo vivido, como ‘tiempo recobrado’.

Simone de Beauvoir entiende la escritura como dadora de sentido para sí misma, es su instrumento querido y elegido para la realización de su

⁴ Expresión utilizada por un médico que atendía a la madre de Simone de Beauvoir, expresión que a ella le remece y que está contenida en su relato *Una muerte muy dulce* (BEAUVOIR, 1971, p. 17).

“proyecto global”. Éste no sólo compromete la escritura de su yo, es decir, sus relatos autobiográficos en una suerte de “técnicas del yo”, sino también su creación literaria. Vida y obra están de ese modo estrechamente tejidas, de manera tal que Beauvoir no tendrá dudas respecto de una identificación y calce entre ella como sujeto y como autora de los textos. Más aún, considera que a través de éstos expone su propia verdad, mostrándola a los otros: la verdad de su propio modo de hacerse, de hacer ser, en el sobrepasamiento de lo ya hecho que se constituye en situación favorable para la continuidad de su proyecto como escritora.

La escritura es, entonces, su modo existencial de estar en el mundo con los otros, de comunicarles su experiencia que vale en tanto expresa su singularidad. Dice en *Final de cuentas*: “Hay autobiografías que no se distinguen en lo más mínimo de las biografías escritas por un tercero: no establecen una comunicación sino que nos informan [...]”. En el mismo texto hace referencia a las memorias de Han Suyin de las que dice ser “un relato muy atractivo pero que no introduce a los lectores en su intimidad.” Afirma también que un libro como *Papillon* “no nos lleva a participar de una experiencia vivida”, donde el relato de episodios más o menos verdaderos o inventados nos divierten (BEAUVOIR, 1972, p. 174).

Simone alude a esto cuando trata de sus lecturas y nos comunica lo que busca en ellas, “acervo de conocimientos deseado y obtenido”; pero cuando se trata de la experiencia vivida, la escrituras deben permitir la “intrusión”, permitir que el corazón ajeno se infiltre en el de aquél a quien lee. Leer, para Simone, “no es como quería Montaigne, conversar sino filtrarse en el corazón de un monólogo ajeno. Las autobiografías, los diarios íntimos, las correspondencias favorecen esta intrusión. Y también algunas novelas.” (BEAUVOIR, 1972, p. 174-175). Pese a esa diferencia que establece con el autor de los *Ensayos*, Beauvoir ha sido receptiva de su obra y del sentido que ésta tuvo en mostrar el carácter paradójico de la existencia. El epígrafe a su libro *Para una moral de la ambigüedad*, es una frase de Montaigne: “La continua obra de nuestra vida es construir la muerte”, que revela la condición doble, ambigua de nuestro existir. Teresa López Pardina, para quien Beauvoir sigue la línea de la filosofía moral francesa iniciada por Montaigne, ha señalado muy bien que tanto en éste como en Beauvoir encontramos “la misma sensibilidad sobre la

caducidad de la vida, acompañada [...] por la importancia que le otorga a gozar del momento irrepetible que la vida nos brinda, cuando el momento es feliz;” (LÓPEZ PARDINA, 2010, p. 62-63). La fuerza del presente Simone de Beauvoir la retiene en la palabra escrita, palabra que testimonia el momento en que la existencia singular se juega en la tensión de su ser inmanente y su trascendencia.

Para Beauvoir, lo que importa, siendo indiferente que se entre en un universo ficticio, anticuado o ausente, es que los libros logren modificar nuestra posición de sujetos, que nos arranquen de nosotros mismos (LÓPEZ PARDINA, 2010, p. 175). En ese sentido el libro debe realizar una transformación, una posibilidad de acceder a otra figura de ser, a una modalidad de existencia infamiliar que nos entregue otros sentidos. El texto literario que permite ensanchar la propia experiencia, que nos hace acceder a situaciones que otros sobrepasan saliendo de sus propias inmanencias, nos transforma. La transformación se realiza en tanto ser cautivado, cogido por unas palabras que hacen posibles otras comprensiones, ofreciéndonos esa cercanía con otros sujetos unas miradas nuevas. El ser cautivado, arrastrado por la escritura de otro, aunque puede no ser total, en cuanto la escritura produce efectos de cercanía y distanciamientos alternantes, cobra sentido en el “hacer silencio en sí e instalarse en una voz extranjera”, en una “experiencia ajena” (LÓPEZ PARDINA, 2010, p. 182-185).

El propósito de Beauvoir es también llegar a producir ese estado de fascinación en sus lectores y lectoras, lograr ofrecerles a través de sus memorias y textos autobiográficos un espacio de transformación para sus propios cuidados. Estos escritos dominarán su producción a partir de las *Memorias de una joven formal*. Debe haber experimentado una fuerte inquietud cuando sus textos o parte de estos eran cuestionados y haber vivido la experiencia de no ser comprendida; probablemente la opinión que le importaba era de los más cercanos, dado que afirmaba “Desde mi juventud me ha importado un rábano la opinión pública.” (BEAUVOIR, 2010, p. 35).

Una crítica de la que da cuenta en uno de sus textos autobiográficos, y que parece haberle importado, es la relativa a que se le reprochara severamente el hecho de haber tomado notas al costado de la cama de su madre enferma, notas que elaborará cuando escriba *Una muerte muy dulce*. Su gesto me recuerda el de Leonardo da Vinci, quien

hacía apuntes de los ahorcados en la plaza pública. Distancia para poder mirar desde una exterioridad a esos cuerpos inertes y, al mismo tiempo, tremenda proximidad para poder ver lo que se ve en ellos. Sujeto y objeto se disuelven en esa relación que se establece entre los cuerpos de los vivos con los vivos enfermos y con los muertos, relación siempre muy intensa que nos implica de diversa manera. Nos hace continuos con ellos.

LA INDISCIPLINADA FILOSOFÍA DE SIMONE DE BEAUVOIR

La reflexión de Simone de Beauvoir, expresada en sus textos de múltiple factura, es portadora de una fuerza trasgresora que altera los sentidos respecto de lo que la filosofía ha sido tradicionalmente. Beauvoir descata las formas convencionales del género del discurso filosófico, disponiendo un género discursivo híbrido presente en sus relatos literarios y en sus textos autobiográficos donde encarna sus especulaciones filosóficas. Irrumpe en un modo de describir las relaciones de poder de modo extremo, duro, sin ambages, profundizando en los indicios que se quiere evitar ver. Para ello requirió una distancia crítica para mirar tales relaciones y abrió una grieta para mostrar complejidades que deja expuestas en varios flancos, apertura notable a causa de la tremenda densidad que comportan los fenómenos que piensa desde su perspectiva política.

De ese modo, enseñar a Simone de Beauvoir, es enseñar un modo indisciplinado de hacer filosofía, que buscó sus propias maneras de vivirla: como forma de vida que se afirma deviniendo, en su *llegar a ser...* escritura. Será escritura, mas escritura filosófica.

REFERENCIAS

- BEAUVOIR, S. *El segundo sexo*. Buenos Aires: Ediciones Siglo XX, 1965.
BEAUVOIR, S. *La vejez*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1970.
BEAUVOIR, S. *Una muerte muy dulce*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana, 1971.
BEAUVOIR, S. *Final de cuentas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1972.
BEAUVOIR, S. *La plenitud de la vida*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2006.
BEAUVOIR, S. *Memorias de una joven formal*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2010.

CIXOUS, H. Escritura y compromiso: la escena del corazón. Entrevista con Françoise van Rossum-Guyon. In: SEGARRA, M. (Ed.). *Entrevistas a Helene Cixous: no escribimos sin cuerpo*. Barcelona: Icaria editorial, 2010. p. 35-55.

LÓPEZ PARDINA, T. *Simone de Beauvoir. Una filósofa del siglo XX*. Universidad de Cádiz, 1998.

MILLET, K. *Política sexual*. México: Aguilar, 1975.

MISTRAL, G. Cómo escribo. In: MISTRAL, G. *Antología mayor: prosa*. Santiago: Editorial Cochrane, 1992. p. 553.

ROJAS, G. *¿Qué se ama cuando se ama?* Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos (DIBAM), 2000. Disponible en: <www.archivochile.cl/Cultura_Arte_Educacion/gr/d/grde0019.pdf>. Acceso en: mayo 2012.